

El cristiano y el mundo

No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él (1 Juan 2:15).

Autor: J. N. Darby

¿Qué es el mundo? He aquí una pregunta de suma importancia que se presenta al atento examen de todo creyente serio y reflexivo. ¿Qué es este mundo, del cual la Palabra nos exhorta a guardarnos sin mancha? (Santiago 1:27).

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

¿Qué es el mundo?	3
El mundo provee a todas las necesidades del hombre natural	4
El hombre es religioso por naturaleza	4
Un orden de cosas completo	5
Satanás es el dios de este siglo	5
¿Cuál es el remedio?	6
El gran objetivo de Satanás	7
¿Debe el cristiano involucrarse en la política?	8
Nuestra conducta frente a las autoridades	8
Contra la corriente	9
Una posición clara	9
¿Debemos salir del mundo?	11

¿Qué es el mundo?

¿Qué es el mundo? He aquí una pregunta de suma importancia que se presenta al atento examen de todo creyente serio y reflexivo. ¿Qué es este mundo, del cual la Palabra nos exhorta a guardarnos sin mancha? (Santiago 1:27).

La Escritura emplea la palabra **mundo** en tres sentidos diferentes:

En primer lugar significa, literalmente, el sistema o la organización de la vida humana. Luego, la tierra en sí misma es llamada «el mundo», porque constituye la escena sobre la cual se desarrolla aquel sistema. Por último, la Biblia denomina «mundo» al conjunto de individuos que viven conforme a este sistema.

Se puede, pues, distinguir entre la **escena** del mundo, las **personas** del mundo y el **sistema** del mundo.

Cuando leemos en la Palabra que

Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores

“

(1 Timoteo 1:15),

bien podemos entender que él vino a la **escena** de este mundo, y que, inevitablemente, se halló en contacto con el **sistema** del mundo que tanto lo odiaba. Él dice de sus discípulos: “No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo” (Juan 17:16), es decir que, contrariamente a los demás hombres que se encuentran a gusto en este sistema, ellos no forman parte de él. Cualquiera que se haga amigo de este sistema, se constituye enemigo de Dios (Santiago 4:4). La característica principal de tal sistema es la de gobernarse a **sí mismo**, sin depender de Dios.

Consideremos, por ejemplo, la organización militar. Cuando un hombre es llamado a filas, lo halla todo organizado en vista de sus necesidades: el encargado del vestuario le proporciona el uniforme, otro le facilita las armas y el equipo, etc. Sus idas y venidas, su alojamiento, todo está determinado por los reglamentos; hay un horario establecido para levantarse, para la comida, la instrucción, la lista, etc. Desde su llamamiento a filas, el soldado se halla sometido a esta organización, de manera que no puede emprender nada por iniciativa propia. La organización de ese sistema es tan minuciosa y metódica que a veces este ha sido calificado de «pequeño mundo». Sin embargo, no es más que una pálida imagen de aquel inmenso sistema, llamado «**mundo**», que gobierna todo, el cual está equipado para satisfacer las necesidades del hombre natural y el ejercicio de sus facultades.

El mundo provee a todas las necesidades del hombre natural

El hombre necesita vivir en **sociedad**. Por eso el mundo ha organizado el sistema social y se ha esmerado en hacerlo de un modo completo y perfecto. La posición social es el todo para el hombre; este no ahorra esfuerzos para alcanzarla, y ningún gasto le parece excesivo para llegar a ese propósito. Consideremos esta inmensa escala social, «la sociedad», con sus miríadas de criaturas humanas, de las cuales unas se esfuerzan por ascender a los más altos puestos, mientras que otras hacen lo posible para mantenerse en la posición adquirida. ¡Qué atractivo y terrible poder tiene aquel sistema social para absorber el espíritu y el corazón!

Además, el hombre necesita un gobierno o poder **político** para proteger su vida, sus propiedades y sus derechos. A esto el sistema del mundo también provee plenamente.

Y ¡qué arreglo más completo observamos en lo que llamamos el mundo de los **negocios**! Las ocupaciones en este mundo forman un conjunto muy notable. Los hombres que están dotados de fuerza física hallan ocupaciones adecuadas a sus capacidades; los espíritus inventivos pueden dar libre curso a su genio; los artistas se deleitan en el mundo de la escultura, la pintura, la música o la poesía; los científicos trabajan para resolver sus problemas; los escritores componen sus libros; incluso las codicias y el lujo de unos proporcionan a otros sus medios de subsistencia.

El hombre es religioso por naturaleza

El hombre es una criatura muy compleja que necesita numerosas y diversas cosas para satisfacer sus gustos y anhelos. Le hace falta algo de negocios, de política, de sociedad, de estudios y, por fin, hasta un poco de **religión**.

El hombre, por naturaleza, es **religioso**. La palabra «religión» que a menudo se oye, solo se halla mencionada cinco veces en toda la Escritura. Notemos que religión no significa **piEDAD**, pues los adoradores de los ídolos son religiosos. La religión es parte integrante de la naturaleza humana, lo mismo que su inteligencia o su memoria. Por consiguiente, el sistema del mundo que provee a las necesidades del hombre de manera tan completa, no puede menos que ofrecer un alimento a esta inclinación de su naturaleza. Así, al que sea sensible a las impresiones agradables, que tenga afición a lo «bello», el mundo le presentará armoniosa música, imponentes ceremonias, ritos religiosos. Al que sea de naturaleza independiente y de carácter comunicativo, el liberalismo le permitirá dar rienda suelta a sus sentimientos. Si, por el contrario, la persona es de carácter callado o reservado, hallará satisfacción entre los conservadores que poseen una severa ortodoxia.

Aquel que es concienzudo, que hace poco caso de sí mismo y cree indispensable hacer penitencia de un modo u otro, también podrá satisfacer sus aspiraciones en alguno de los sistemas religiosos del mundo.

Existen, pues, creencias, doctrinas y sectas adaptadas a cada carácter, a cada forma de sentimiento religioso en el hombre natural.

Un orden de cosas completo

¿Puede haber sistema más admirable y completo? Lo abarca todo. La satisfacción y el pretendido gozo que contiene son suficientes para que la gran e inconstante masa de la humanidad se halle siempre en actividad y goce de una relativa alegría. Los corazones se apresuran a buscar lo que los pueda satisfacer, los espíritus se hallan atareados. Si alguna cosa viene a faltar, inmediatamente se recurre a otra. La aflicción y aun la muerte no se dejan de lado en la organización del sistema de este mundo: se provee a los funerales, a los vestidos de luto y a las visitas de pésame, se dispensan palabras de simpatía; nada se olvida. De tal manera que en poco tiempo el mundo es capaz de elevarse por encima de sus duelos y volver a su acostumbrada esfera de ocupación.

Pero hoy día, por la gracia de Dios, algunos –muy pocos por cierto– de los que están en el mundo han comprendido que cuanto hay en él: política, gobierno, negocios, educación, ciencias, inventos, ferrocarriles, telégrafos organizaciones sociales, instituciones de beneficencia, reformas, religión, etc. , son parte integrante del sistema de este mundo, de un sistema que va completándose cada día. Lo que se llama «progreso del siglo» no es otra cosa que el desarrollo de este elemento mundano.

Ahora bien, la relación actual de Cristo con semejante mundo también debe ser la nuestra. La posición que Cristo **ocupa** en el cielo, y la que **no ocupa** en esta tierra, nos muestran suficientemente cuál debe ser la nuestra.

Satanás es el dios de este siglo

A quien pregunte los motivos por los cuales tal actitud debe caracterizarnos, respondemos: ¿No sabe que **Satanás** es “el dios de este siglo” (o mundo), “el príncipe de la potestad del aire” (2 Corintios 4:4; Efesios 2:2), el director de este sistema monstruoso? Él es su energía, su genio inspirador y su príncipe. Cuando Jesucristo estuvo en la tierra, el diablo le ofreció todos los reinos de la tierra y su gloria, por cuanto –decía– “a mí me ha sido entregada, y **a quien quiero** la doy. **Si tú postrado me adorares**, todos serán tuyos” (Lucas 4:5-7). Estos versículos quitan el velo y

ponen en evidencia el verdadero objeto de todo culto religioso del hombre. La Escritura habla de Satanás como de alguien “lleno de sabiduría, y acabado de hermosura”, quien se disfraza como “ángel de luz” (Ezequiel 28:12; 2 Corintios 11:14). ¿Cómo extrañarse, pues, de que los hombres, tanto los indiferentes como los más reflexivos, sean engañados y seducidos? ¡Cuán pocos son los que tienen los ojos abiertos para discernir, por medio de la Palabra de Dios y el Espíritu Santo, el **verdadero carácter** del mundo! Algunos creen haber escapado del lazo de la mundanería porque abandonaron «los placeres mundanos» y se hicieron miembros de determinadas iglesias o asociaciones religiosas. Pero no se dan cuenta de que aún permanecen en el sistema del mundo, igual que antes. Solo que Satanás, el príncipe de este mundo, los ha hecho pasar de un departamento a otro, a fin de tranquilizar sus conciencias y hacer que se sientan más satisfechos de **sí mismos**.

¿Cuál es el remedio?

Siendo así las cosas, naturalmente se nos presenta esta pregunta: ¿Cuál es el remedio? Los que andan por el camino ancho, y hasta hoy viven en conformidad con este sistema, ¿cómo podrán escapar de su influencia? ¿Cómo podrán discernir lo que es del mundo y lo que es de Dios?

El apóstol dice:

“ Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios (Romanos 8:14).

Lo normal es que la vida cristiana sea gobernada por Cristo, de la misma manera que el cuerpo de un hombre es dirigido por su cabeza; cuando él está sano, la mano, el pie o cualquier otro miembro del cuerpo no se mueve sin que la cabeza lo ordene. Precisamente en el mismo sentido Jesucristo es la cabeza del cristiano (1 Corintios 11:3); este se halla sometido a su Cabeza en todas las cosas, sean de poca o de mucha importancia. Así es cómo el cristianismo hiere la mundanería en su misma raíz. Mientras la voluntad propia del hombre es el principio fundamental sobre el cual está edificado todo el sistema del mundo, el principio de la vida cristiana es la dependencia de Dios y la obediencia a **su** voluntad.

El gran objetivo de Satanás

El gran objetivo de Satanás es establecer para el hombre un sistema que sustituya completamente la dirección del Espíritu de Dios. Esta será su obra maestra de los últimos tiempos y la característica prominente de la gran apostasía que se acerca a grandes pasos. Entonces Satanás se manifestará **abiertamente** y en su misma persona, como dios de este mundo, lo que por ahora aún está escondido.

¿No ha avanzado suficientemente el tiempo para que los cristianos despierten del sueño espiritual y examinen si de una manera u otra están asociados a un sistema que madura para el juicio?

Pero, dirán algunos, ¿cómo podemos impedir este estado de cosas? ¿No nos hallamos sujetos a ellas, aun a pesar nuestro, debido al trabajo y a nuestras profesiones, como miembros de la sociedad? ¿No podemos abandonar nuestras ocupaciones diarias!

Claro, es una necesidad que cada uno admite. Pero el hecho de que **cada uno** la admita prueba que no es de Dios:

“ Y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe
(1 Juan 5:4).

La fe no repara en las circunstancias exteriores, en lo posible o imposible; la fe no considera lo que se ve, sino que mira a Dios y confía en él.

Muchas personas nos pueden aconsejar acerca de lo que conviene hacer o evitar en la sociedad humana, pues **lo que le agrada al hombre** se convierte en su regla y medida. Pero el hijo de Dios sigue recto en su camino; no presta atención a lo que esas personas dicen, puesto que **lo que agrada a Dios**, esa es su regla y medida. Puede ser que esas personas tengan claramente trazado el camino que siguen, el cual para ellas es perfectamente razonable y satisfactorio; mas ello no tiene ningún valor para el cristiano que anda por la fe. Este sabe bien que lo que se considera universalmente como el buen camino no es otra cosa que el camino de perdición, porque es el camino **ancho** (Mateo 7:13-14; Lucas 16:15).

¿Debe el cristiano involucrarse en la política?

Muchos estiman que como buen ciudadano, un cristiano debe interesarse por el gobierno de su país, y debe votar, contribuyendo así a llevar al poder a hombres honorables. Pero Dios habla de manera distinta. Repetidas veces en su Palabra, y de diversas maneras, nos dice que como hijos suyos no somos ciudadanos de ningún país ni miembros de sociedad alguna:

Nuestra ciudadanía está en los cielos



(Filipenses 3:20);

desde luego, solo tenemos que vérnoslas con las cosas celestiales. “Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” (Gálatas 6:14). Si las cosas terrenales absorben mis pensamientos y mi corazón, me constituyo en enemigo de la cruz de Cristo (Filipenses 3:18). “No os conforméis a este siglo” (Romanos 12:2).

Nuestra conducta frente a las autoridades

Entonces, ¿qué tenemos que ver con las autoridades? Pues, **someternos** a ellas, ya que Dios las ordenó; cuando fijan sus impuestos, debemos pagarlos, e igualmente hacer rogativas por los reyes y por todos los que están en eminencia (1 Timoteo 2:1-2). Lo único que un cristiano puede realizar en política, es someterse a las autoridades sobre él establecidas, “no solamente por razón del castigo, sino también por causa de la conciencia” (Romanos 13:5). Excepto cuando dichas leyes se oponen a nuestra obediencia a Dios (Hechos 4:19), pero en ningún caso esta resistencia debe ser violenta, sino pacífica. Cierto es que el creyente es el “heredero de todo” en Cristo (Hebreos 1:2; Romanos 8:17), incluso de la tierra en la cual el sistema mundano opera hoy día. Pero, como tampoco a Abraham en el país de Canaán, actualmente, Dios ni siquiera da al cristiano como herencia un lugar “para asentar un pie” (Hechos 7:5). “El justo por la fe vivirá” (Romanos 1:17).

Si el verdadero hijo de Dios no toma partido en cosas de política, no es tanto porque crea malo el adherirse a una opinión, sino porque ha dado su voto y su adhesión al Hombre que está en los cielos, a quien Dios ha ensalzado como “Rey de reyes y Señor de señores” (Apocalipsis 19:16). Además, las cosas terrenales perdieron todo interés para él, porque ha hallado cosas de mayor valor y atractivo. También ve que el mundo es impío en su espíritu y en su esencia, y que sus reformas y progresos más preciados van apartando paulatinamente a Dios del corazón del hombre. Desea rendir homenaje a Dios y a su verdad, anunciando que a causa del rechazo hecho a

Jesús por el mundo, vendrá el juicio en el día de la aparición de Cristo, cuando los hombres se congratularán creyendo estar en paz y seguridad. Espera que, por medio de la predicación que él hace de la Palabra, algunos aprendan a liberarse de los lazos en los cuales Satanás aprisiona a toda la humanidad.

Contra la corriente

Los que somos salvos, hemos de estar aparte, como habiendo tomado posición con Cristo rechazado, frente al mundo que lo ha crucificado. Tenemos que presentarnos como hombres de una raza celestial: “irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo” (Filipenses 2:15). Esta es la misión –¡y cuán elevada!– de los hijos de Dios. Pero cuesta mucho vivir de esta manera. Debemos ser semejantes a una roca solitaria en medio del ímpetu de un río caudaloso. Todo cuanto la rodea está moviéndose. Todo tiende a hacerla vacilar. Una continua e implacable presión se ejerce sobre ella. Pero se mantiene firme en medio de una interminable oposición, la cual tarde o temprano la arrastraría si no contara con la firmeza de la verdadera Roca: Cristo.

Cuando obedecemos a Dios, la tormenta se levanta contra nosotros. Ser miembro de lo que se llama «una iglesia», o denominación religiosa, es cosa fácil; también es fácil hacer como hacen los demás. Ser hombre honrado y buen ciudadano no ocasiona ninguna persecución. Uno puede reunir todas estas cualidades y, sin embargo, seguir la corriente de este mundo. Pero resplandecer como luminares de Dios en el mundo provoca la enemistad; por doquiera que se ve a Cristo, se le odia. Si lo ven en mí, me odiarán por este motivo. Pero si, al contrario, como cristiano, gozo de buena reputación, si nadie me reprocha nada, ¿qué significa eso? Que no siendo manifestada la vida de Jesús en mi cuerpo mortal, no se puede ver a Cristo en mí.

Una posición clara

Así son las cosas: cuando un alma ha llegado realmente al conocimiento de Dios, o más bien, a ser conocida por Dios, se siente atraída hacia las cosas celestiales por su unión con Cristo. No tiene ningún deseo de participar en el sistema u orden de cosas del mundo, y bien puede pensar: ¿cómo podría yo retornar a tan débiles y miserables principios? Alguien que ha llegado a ser hijo de Dios, que posee la vida eterna en Cristo, que es identificado con la Cabeza glorificada (verdad que le ha sido revelada por la Palabra y el Espíritu), ¿cómo podría tener intereses en el mundo, habiendo **conocido a Dios**? Si vemos a un niño comiendo una fruta verde y ácida en un huerto

donde hay un árbol cargado de las más deliciosas frutas, deduciremos que ese niño no conoce lo que es una fruta buena. Del mismo modo, si un hombre se apega a las cosas que forman el sistema de este mundo, nos preguntaremos: ¿es posible que tal hombre conozca realmente a Dios?

Por este motivo las palabras de Dios no se nos presentan como mandamientos formales, tales como: «No votarás», «No recibirás honores de este siglo malo», «Sufrirás el oprobio». Al contrario, Dios habla de tal modo que el discípulo amante pueda descubrir su camino, estando más con Cristo para asemejarse cada día más a él, como liberado “del presente siglo malo” (Gálatas 1:4). Su corazón egoísta fue quebrantado y ahora solo siente la necesidad de conocer los pensamientos de su Señor.

Para nosotros ya no es como en los antiguos mandamientos de la ley de Moisés: «Harás», «no harás». Sin embargo, la voluntad de Dios puede discernirse perfecta, clara y fácilmente con tal de que el ojo sea sencillo (sin doble visión). Dios cuida maravillosamente para que un corazón que le ama pueda conocerla sin dificultad; en cambio, un corazón falto de sinceridad busca inevitablemente disculpas y escapatorias para caminar en una senda de propia voluntad.

En una familia puede hallarse la aplicación de esta verdad. Imaginémonos a un hijo cariñoso, obediente, que ama a sus padres y hace lo posible para comprender su conducta y conocer su voluntad: sabrá lo que tiene que hacer y lo hará con agrado. Mientras que otro hijo, que se halla en las mismas condiciones, goza de los mismos privilegios y conoce bien los pensamientos e intenciones de su padre —o por lo menos debería conocerlos—, desde que busca satisfacer sus propios deseos, dice: «Yo no lo sabía, nunca me dijiste que no debía hacer esto o aquello, ir a tal o cual lugar».

¿Debemos salir del mundo?

Antes de terminar quisiera insistir sobre otro punto. Por cierto, no podemos evitar **el contacto** con el orden de cosas del mundo, pero aquel contacto jamás debe ser el de la **comuni3n**: “Porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comuni3n la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial?” (2 Corintios 6:14-15).

No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal



(Juan 17:15).

Jesús, que no era de este mundo, padeci3 en 3l. Vivi3 como extranjero; el aislamiento y la tribulaci3n fueron para 3l cosas vividas y sentidas. Ser3 lo mismo para nosotros en la medida en que sigamos fielmente sus pasos. ¿Cu3ntos hay entre nosotros, cristianos, que buscan su satisfacci3n y bienestar en el impio sistema del mundo, encontr3ndose en 3l como en su propia casa? ¿Nos sentir3mos como en nuestra propia casa en esta tierra donde Cristo no est3? No olvidemos que somos viajeros sin domicilio, peregrinos fatigados y verdaderos extranjeros, si somos de Cristo.

Mientras estemos en el mundo no podemos evitar su contacto. Pero, ¿no ocurre que a veces tenemos contacto con 3l en numerosos asuntos para los cuales no hay la menor necesidad de ello? No lo tendr3mos, sin duda alguna, si llev3semos siempre en nuestro cuerpo la muerte de Jes3s (2 Corintios 4:10).

Numerosas son las tretas y los engaños por los cuales el enemigo seduce a los hombres, incluso a los hijos de Dios: reuniones religiosas, obras de caridad, sociedades fraternales o cofrad3as, cosas en las cuales la carne puede complacerse y que sustituyen la vida que tenemos en la fe del Hijo de Dios (G3latas 2:20). Los creyentes del Antiguo Testamento que recibieron el testimonio (llegado hasta nosotros) de haber agradado a Dios, fueron despreciados (Hebreos 11:35-38). Otros han venido a ser “como la escoria del mundo, el deshecho de todos” (1 Corintios 4:13). Todos ellos han tenido su ciudadan3a en los cielos. ¡Mas nosotros preferimos ser gente honrada y considerada por este mundo! Nos conformamos demasiado al sistema u orden de cosas del mundo, y por eso no puede haber conflicto entre 3l y nosotros. El resultado es que somos s3bditos desleales de Cristo, quienes evitan la cruz y su oprobio.

Sin embargo, la Palabra de Dios permanece inalterable:

“ Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán
persecución
(2 Timoteo 3:12).

Amados hermanos, hay una senda estrecha. ¡Que el Señor nos ayude a seguirla!

Ya tenemos nuestros pasaportes. Estamos sellados con el Espíritu Santo y solo esperamos la voz de mando para ser arrebatados al encuentro del Señor, en las nubes, y estar siempre con él. ¡Benedita esperanza!